

EL NIÑO QUE QUERÍA SER EL MEJOR PORTERO DEL MUNDO



Ser Iker Casillas

Te voy a contar la historia del niño que soñaba con llegar a ser el mejor portero del mundo. Y aunque él no lo supiera aún, él ya lo era... Al menos de su pequeño mundo.

Seguro que le conoces. Seguramente, aunque no te guste el fútbol, le habrás visto con sus guantes, siempre atajando pelotas, y siempre tirándose al suelo. Nuestro portero nació en Madrid, en el Suroeste, muy cerca de la carretera de Extremadura – esa que llaman A-4.

Nuestro amigo estudiaba en un bonito colegio de su bonito pueblo, junto a otros muchos compañeros que también andaban siempre pegados a un balón de reglamento.

Cada segundo de su existencia estaba cosido al deporte rey... ya fuera en la calle, en la plaza de los arcos, en el colegio Duque de Rivas, o en casa.

No había otra cosa más importante para él que pegarle patadas a un balón, o detener las acometidas de sus compañeros, que preferían jugar de delanteros para batirle.

Cualquier minuto libre que encontraban – y si no lo fabricaban - era para practicar ese deporte que adoraban, y no importaba si hacía calor, si hacía frío, si llovía, o si no.

Nada importaba si cerca había un balón y espacio.

Por eso nuestro protagonista siempre iba con sus guantes colgados, y con su pelota, dispuesto para jugar y ganar cualquier partido que surgiera en cualquier momento.

Pero nuestro portero no sólo podía jugar a fútbol, aunque fuera lo que más le gustaba. También estudiaba, en su precioso cole de ladrillos rojizos y de amplios patios que no tardaban en convertir en estadios.

Eran también sus papás, aparte de quienes más le regañaban, sus mejores entrenadores, capaces de enseñar técnicas ocultas que escaparían al mejor entrenador del mundo.

En ese largo partido que sería su propia vida tendría que detener muchos balones, y tenía que estar preparado para saber encajar los goles, y también para saber encajar el éxito de sus paradas.

Eran ellos quienes le ayudaban día a día, los que le llevaban lunes y miércoles al polideportivo para practicar su deporte, y hacerse mejor día a día.

También eran ellos quienes le ayudaban a hacer sus deberes, a mejorar su letra, y perfeccionar su lectura, a hacerse más fuerte, en definitiva.

También le regañaban... como al resto de los niños. Como a ellos mismos les regañaron los abuelos anteriormente, pero todo ese esfuerzo había merecido la pena porque nuestro protagonista llegó a convertirse en el mejor del mundo... Y no solo como portero.

Nuestro portero no se llamaba Iker Casillas, sino David, o incluso Juan, o Pablo... y también vivía en el Sur de Madrid, y también soñaba con llegar a ser el mejor portero del mundo.

Y seguro que lo conseguiría, pero para ser como Iker Casillas no bastaba con parar balones difíciles, ni salir bien en el uno contra uno... Ni, incluso, con despejar bien por alto.

Para ser Iker Casillas, o el mejor portero del mundo, también había que ser buen compañero, buena persona, buen hijo, y buen amigo de sus amigos... y, sobre todo, trabajar – dentro y fuera del campo.

Por suerte para nuestro David la mayor parte de ese trabajo ya estaba hecha. Y la habían hecho esos a los que un día tendrá que agradecerle tantas regañinas, tantos castigos y, sobre todo, tanto cariño...

Pero de eso se dará cuenta cuando ya no le importe tanto ser el mejor portero del mundo, sino un gran portero, y, sobre todo, el mejor hijo del mundo.

Nuestro amigo David ya era el mejor portero del mundo, pero no lo sabía. Era el único portero de todo el mundo que aún no había sido batido, el que mejor se tiraba hacia ambos lados, el que más ayudaba y animaba a sus compañeros para marcar gol al portero contrario.

Pero sólo lo era en esos estadios de formas imposibles, de gentes amenas y respetuosas, de focos de todos los colores, y de delanteros contrarios con caras de amigos sonrientes.

Y es que sólo era el mejor portero del mundo cuando dormía... cuando soñaba.

Y hoy es un buen día para dejar de soñar con ser el mejor portero del mundo... Ya es hora de trabajar para serlo.